

2. Literaturas latinoamericanas: historia y crítica

Friedhelm Schmidt-Welle (ed.) *Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos*. Pittsburgh/Berlin: Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana/Ibero-Amerikanisches Institut (Críticas, 4) 2002. 328 páginas.

Luego de varios libros y revistas académicas de homenaje a Antonio Cornejo Polar, considerado el mayor crítico peruano de la segunda mitad del siglo XX, sale el primer libro que tiene como propósito el hacer un balance de sus aportes críticos, teóricos y metodológicos a los estudios latinoamericanos. *Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos*, coordinado por el latinoamericanista alemán Friedhelm Schmidt-Welle, es el cuarto volumen de la imprescindible serie “Críticas” del Instituto Internacional de Literatura Iberoamericana, que es coeditado con el Instituto Iberoamericano de Berlín.

En la primera sección del libro (“Práctica del discurso y arqueologías del saber”), José A. Mazzotti, Mario Cavallari y Antonio Melis exploran la primera etapa crítica teórica de Cornejo Polar, que ocurre entre 1960 y 1980. Los tres coinciden en señalar que Cornejo Polar propone las categorías heterogeneidad y totalidad contradictoria en sucesivas formulaciones, que resultaban del estudio de textos de la literatura colonial, republicana y contemporánea. En la segunda sección (“Totalidades contradictorias, cultura, nación y formación de la tradición literaria en América Latina”), Alexander Betancourt Mendieta, José Castro Urioste y Patricia D’Allemand destacan la crítica que hizo Cornejo Polar de las nociones de literatura, cultura e identidad nacionales, demostrando su carácter de construcciones sociales que incluyen a sus formuladores

y excluyen a otros componentes de la diversa realidad cultural latinoamericana. En la tercera sección (“Oralidad, representación, construcción del sujeto”), Carlos Pacheco, Raúl Bueno y Gracia María Morales Ortiz estudian las articulaciones que Cornejo Polar estableció entre los distintos sistemas literarios que componen las literaturas latinoamericanas. Asimismo, se estudian las categorías de sujeto y discurso migrantes y síntesis no dialéctica, que vendrían a ser los dos nuevos aportes de Cornejo Polar en los años noventa. Con estas nuevas categorías, tal como acertadamente señala Friedhelm Schmidt-Welle, en el pensamiento de Cornejo Polar se da “un desplazamiento de una teoría de la producción o de las prácticas culturales a una teoría de la representación discursiva de la heterogeneidad, la construcción del sujeto no dialéctico y/o migrante y la conflictividad de los procesos culturales” (p. 21). En la cuarta sección (“Heterogeneidad, dialogismo, ginocrítica”), Ana Peluffo, Friedhelm Schmidt-Welle y Kemy Oyarzún se dedican a explorar las relaciones de intertextualidad y diálogo entre el modelo teórico de Cornejo Polar y otras corrientes teóricas críticas contemporáneas. La quinta sección es la más polémica de todas: John Beverley, Carlos García Bedoya, Ileana Rodríguez y Raúl Bueno comentan “Los riesgos de las metáforas y el futuro del latinoamericanismo”, que fue el último escrito de Cornejo Polar. Cierra el libro una sección (“Desplazamientos transterritoriales y traducción cultural”) que contiene sólo un artículo de Mabel Moraña, que se encarga de localizar los aportes teóricos de Cornejo Polar en los desgastados debates sobre globalización, los estudios de área e inter/transdisciplinariedad, a los que está

abocado el latinoamericanismo de la academia norteamericana.

En los diversos artículos se encuentran temas comunes, a manera de inconscientes textuales, que me interesa comentar. Se prueba que Cornejo Polar no fue ni el “intelectual vernáculo” ni el “marxista duro”, etiquetas que varios de sus colegas se encargaron de aplicarle con el propósito de invalidar su modelo teórico crítico. Más bien se demuestra que Cornejo Polar, durante su carrera, que duró 30 años, no sólo estaba al tanto de los nuevos aportes teóricos del hemisferio norte (Michel Foucault, Lucien Goldmann, Fredric Jameson, Yuri Lotman, Walter Ong, Edward Said, Gayatri Spivak, Raymond Williams) sino que también estaba en permanente diálogo, a veces ríspido, con pensadores contemporáneos latinoamericanos (Antônio Cândido, Roberto Fernández Retamar, Néstor García Canclini, Ángel Rama, Beatriz Sarlo). Del mismo modo, Cornejo Polar estaba atento al debate actual que se estaba dando en el latinoamericanismo contemporáneo. Su último escrito es prueba de ello, y las formulaciones de sujeto migrante y síntesis no dialéctica, como John Beverley señala, definitivamente demuestran que no sólo estaba enterado de las nuevas direcciones e intereses del campo sino que también logró aportar dos categorías operativas de mucha utilidad en los estudios culturales y literarios actuales. En lo que concierne a su “marxismo duro”, se hace patente que no puede ser tal por las reformulaciones y diálogo permanente que tuvo con las propuestas de marxistas heterodoxos como José Carlos Mariátegui, Mijail Bajtin, Stuart Hall y Raymond Williams, entre otros. Sólo la mala fe o el sectarismo que sigue condenando su cercanía y apoyo a causas socialistas llevaron a que se le haya descalificado llamándolo “marxista duro”.

Otra de las características que destacan los diversos articulistas es la perma-

nente autocrítica y reformulación de su aparato metodológico que hizo Cornejo Polar hasta las vísperas de su muerte. De este modo, su pensamiento siempre estuvo vivo, nunca se anquilosó. Es una lástima que su temprana muerte –falleció a los 61 años– haya interrumpido una nueva etapa que se anunciaba en sus últimos artículos. Como en todo balance, también se señalan algunas críticas a su pensamiento. Raúl Bueno pone de manifiesto que si bien Cornejo Polar señaló la diglosia entre el castellano y el inglés, dejó de lado en su reflexión la diglosia existente entre el castellano y las lenguas amerindias, que tiene más larga data. Del mismo modo, Ana Peluffo indica las limitaciones de la lectura de Clorinda Matto de Turner por parte de Cornejo Polar al no considerar cuestiones de género.

En suma, *Antonio Cornejo Polar y los estudios latinoamericanos* cumple con eficacia su función de hacer un primer balance del pensamiento del crítico peruano. El contenido del libro invita a seguir explorando más temas que deberían ser estudiados en el futuro. Entre otros varios, habría que hacer una cala más profunda en el pensamiento de Cornejo Polar y las literaturas y lenguas indígenas, que se desprendería del artículo de Raúl Bueno. Tampoco, se ha estudiado todavía a conciencia el uso del concepto de región en Cornejo Polar. Desde mi perspectiva, Cornejo Polar es un buen ejemplo de especialista en literaturas y culturas de la región andina, como lo demuestra en *Escribir en el aire*. Cuando concibió la región andina hizo el esfuerzo –poco frecuente entre los especialistas vivos que siguen aferrados a una literatura nacional, un solo género literario y un solo período– de incorporar en sus reflexiones a diversas formas culturales y literaturas de diversas épocas, de naciones y autores no necesariamente peruanos. De otra parte, otro acierto del libro

es que da voz a una mayoría de estudiosos residentes en América Latina y Europa, cuyas opiniones oxigenan, con otros puntos de vista y otras bibliografías, los monocordes debates que en estos últimos años se vienen dando en el latinoamericanismo norteamericano.

Juan Zevallos Aguilar

Donald L. Shaw: *A Companion to Modern Spanish American Fiction*. London: Tamesis 2002. 258 páginas.

En la línea de sus libros dedicados a la literatura hispanoamericana, Shaw presenta bajo el rótulo *fiction* una historia de la narrativa concentrada en el género de la novela, profundizando y generalizando las cuestiones abarcadas anteriormente. Son las cuestiones cruciales de la literatura latinoamericana que obtienen la atención merecida: la periodización, la función social de la literatura, los modelos de la realidad inherentes a los textos ficcionales y la innovación literaria. Una de las preguntas claves es si se puede deducir, a partir de estos criterios, la especificidad de una literatura compuesta por tantas literaturas nacionales tan diferentes entre sí. En la literatura del subcontinente esta preocupación es un tema recurrente, ofreciendo los textos mismos una variedad impresionante de definiciones de la supuesta idiosincrasia cultural. Shaw abarca esta cuestión desde múltiples enfoques y presenta una serie de pistas, que al final definen lo que podríamos llamar “narrativa hispanoamericana”. En todo caso, lo específico no se encuentra ni en temas ni en problemas determinados, sino en el proceso literario, desde una perspectiva histórica, en el eje cronológico. Shaw hace ver claramente que esto no exige un regreso a la historia de la litera-

tura de antaño, sino al contrario, un saber teórico que conoce los desafíos actuales en la época posthermenéutica. Shaw maneja las teorías necesarias para esta tarea con soltura, mostrando que términos como “romanticismo” y, sobre todo, “modernismo” y, consiguientemente, “postmodernismo” son muy problemáticos para ser transferidos a América Latina. Esta problemática se desarrolla con mucho cuidado y de modo muy instructivo.

Shaw trata los grandes períodos de la literatura hispanoamericana en nueve capítulos: 1. los orígenes, incluyendo el romanticismo; 2. realismo, naturalismo y modernismo; 3. indigenismo, regionalismo, después del modernismo; 4. *pre-boom*; 5. *boom*; 6. *boom* II; 7. *post-boom*; 8. *post-boom* II; y 9. postmodernismo. Este esquema se apoya en un modelo que distingue cuatro fases después de la literatura colonial: 1. desde Fernández de Lizardi y *El periquillo sarniento* (1816) hasta Azuela y *Los de abajo* (1916); 2. desde 1916 hasta Onetti y *La vida breve* (1950); 3. desde 1950 hasta el auge del *boom*; 4. desde 1975 hasta el postmodernismo y el presente. De los nueve capítulos, seis se dedican a la literatura después del modernismo, así que el siglo xx constituye el núcleo del libro.

Presentar las literaturas hispanoamericanas significa navegar entre la Escila de una heterogeneidad difusa y la Caribdis de una unidad forzada. Shaw pasa por ambas sin correr riesgos demasiado grandes; al contrario, su rumbo se califica por una coherencia interna excepcional. A través de un sistema de referencias entre las obras y las épocas presentadas establece un nivel de segundo grado que enriquece la lectura. Esta coherencia concierne no solamente las sendas obras sino el corpus de la literatura hispanoamericana en su conjunto: en primer lugar cronológicamente, al establecer las genealogías litera-

rias y detectar los modelos subyacentes; en segundo lugar, geográficamente, al mostrar las conexiones entre las diferentes literaturas nacionales y regionales de América Latina. (A modo de ejemplo cabe destacar la importancia de Jorge Luis Borges para la modernización de la literatura latinoamericana en el siglo XX, que Shaw pone de relieve con la atención necesaria.)

La posición crítica de Shaw se conoce de sus libros anteriores. Como ellos, este estudio logra un equilibrio entre el uso sagaz de los modelos teóricos y la consideración sabia de los aspectos socio-históricos de la literatura. Una cuestión decisiva que concierne la literatura latinoamericana en su conjunto es la del sentido que pueda tener la innovación (formal) extrema si se dispone sólo del público reducido de las elites intelectuales. El ejemplo más ilustrativo de este dilema es la escritora chilena Diamela Eltit, cuyas novelas intentan unir las posiciones posthermenéuticas con ciertos sistemas de sentido socio-cultural. Sin embargo, su obra, aunque motivada por una fuerte dosis de crítica social y reconocida internacionalmente, es leída solamente por la parroquia de los lectores especializados.

El nivel de la presentación de este tipo de problemas es alto y, al mismo tiempo, escrito en un estilo vivo y directo, que hace sumamente agradable la lectura. Éste es un mérito difícil de encontrar en la crítica literaria, que a veces parece equiparar nivel reflexivo e intelectual con un estilo difícil y hasta críptico. Los capítulos se basan en investigaciones sólidas, realizadas con exactitud científica. Shaw maneja las fuentes bibliográficas con soltura y las incluye de modo enriquecedor, sin cargar demasiado peso en forma de nombres y títulos. Evitando el aburrido *name dropping*, inserta los nombres mencionados en su línea argumentativa, estableciendo así el mencionado nivel de segundo grado.

Me abstengo de una enumeración fastidiosa de los nombres que se hubiera debido incluir o excluir. Claro que existen, pero lo que importa más es el nivel general y una visión de conjunto sutilmente diferenciada. A este respecto, Shaw cumple con las más altas exigencias. Sin embargo, no quisiera terminar sin mencionar un deseo que queda sin cumplir. Como conocedor destacado de las teorías postmodernas el autor es consciente de las dificultades de una definición del término “postmoderno” y señala su afinidad con el término “postcolonialismo”. Definir las relaciones entre ambas áreas de investigación es una de las tareas mayores que esperan a los latinoamericanistas del presente. Shaw la señala solamente de paso, sin profundizarla.

Pero este detalle no merma la calidad general de este estudio, que debería ser, como reza el título en inglés, el “compañero” tanto del lector especializado como de los aficionado a la literatura hispanoamericana.

Roland Spiller

Juan Villoro: *Efectos personales*. Barcelona: Anagrama 2001. 251 páginas.

Los ensayos críticos escritos por novelistas o por cuentistas suelen arrojar una luz inusitada sobre la literatura y brindar un placer de lectura muy particular al lector. Lo dicho vale para el presente libro, firmado por uno de los intelectuales contemporáneos más reconocidos de México, Juan Villoro, que reparte su labor literaria entre la novela, el cuento, la crónica, el ensayo e incluso la literatura infantil. Su novela *El disparo de Argón* (1991) está considerada como una de las obras más importantes de lengua española de los años

noventa, y el libro de cuentos *La casa pierde* (1999) le valió el Premio Xavier Villaurrutia. En su primer volumen de no-ficción, *Efectos personales*, galardonado con el prestigioso Premio Mazatlán, el autor habla de sus “pertenencias” literarias, es decir, las lecturas que dejaron huella en su memoria. A lo largo de quince ensayos, presenta al atento lector las obras que han marcado su trayectoria, y el entorno histórico que contribuyó a determinar los textos (pp. 8 s.).

En la primera parte, Villoro razona sobre la “novela mexicana” de Valle-Inclán y algunos autores latinoamericanos del siglo xx. Empieza con un estudio sobre *Pedro Páramo*, del gran renovador formal de la narrativa mexicana, Juan Rulfo, y, basándose en las críticas acerca de la obra, se concentra tanto en la relación entre historia y mito como en la subjetividad de los relatos. Sigue una presentación de Augusto Monterroso, el autor del famoso cuento en siete palabras, cuya obra se ve marcada por la importancia de la parodia, que recicla y confunde los géneros canónicos. Alejandro Rossi, el hombre de diferentes patrias (Italia, Venezuela, Argentina y México) y vocaciones (la literatura y la filosofía), está en el centro del siguiente ensayo, que llama la atención sobre el *leitmotiv* de la falta de certezas considerada como “el mejor requisito para el asombro” (p. 48). Siguen un capítulo sobre *El juguete rabioso* de Robert Arlt, presentado como la historia de un “héroe de la elección individual” (p. 60), y un capítulo sobre el viaje literario sin aduanas de Sergio Pitlor, que indaga los procesos del inconsciente contando sus propios sueños y cediendo a los lectores “el placer de descubrir en los simulacros y los espejismos una realidad más genuina que el mundo que le sirvió de estímulo” (p. 70). Villoro pasa luego a *Tirano Banderas*, de Valle-Inclán, un autor que cree en las posibilidades estéticas del caos (“El espejo de Valle

cautiva al destruir, con el virtuosismo de un pintor de jardines que se niega a usar el verde”, p. 89), y concluye la primera parte con una comparación entre Carlos Fuentes y la época negra de Goya: como puntos comunes se revelan la importancia de los sueños, la estética del espanto, las indecibles pulsiones del alma saliendo a la superficie y la parte irracional, casi de misa negra, en donde lo real sólo se puede explicar a través de lo fantástico.

La segunda parte, “un interludio dedicado a la mirada ajena” (p. 9), se compone de dos ensayos muy personales. En el primero, Villoro denuncia el punto de vista de los extranjeros que aplican sus prejuicios a la identidad de América Latina convirtiendo ésta en un “Parque Jurásico” de lo folclórico y del tópico “que permite excursionar al pasado” (p. 113). Como consecuencia, la cultura latinoamericana intenta cumplir con las expectativas del exterior, por ejemplo con el realismo mágico o el exotismo (p. 110), siendo el resultado paradójico una “autenticidad artificial” (p. 112). Villoro habla hasta de un “colonialismo de nuevo cuño”: “Anclados, fijos en su identidad, nuestros países surten de antiguallas a un continente que se reserva para sí los usos de la modernidad y del futuro” (p. 114). El segundo ensayo trata de los límites del traslado de literaturas, de la imposibilidad de que el lenguaje literario pase sin pérdida a otro idioma y de los “ritos de pasaje de la traducción literaria” (portada).

En la tercera parte del libro, Villoro presenta obras de autores provenientes de países de fuera de América Latina, tan diferentes como Arthur Schnitzler, Vladimir Nabokov, Italo Calvino, William Burroughs y Thomas Bernhard. Villoro habla del “gozoso apocalipsis” y de la “pasión razonada” de la obra de Schnitzler, que es el retrato preciso de su época, y termina con la película *Eyes Wide Shut*, de Stanley Kubrick, que se basa en una novela del

mismo Schnitzler. Con un comentario lineal, Villoro presenta un “*thriller* al revés”, *Lolita*, de Vladimir Nabokov, una historia en la que desde el principio se conoce al asesino pero no a la víctima, y que sólo consigue su coherencia a través de la memoria (p. 160). Sigue un capítulo sobre un *evergreen* de las lecturas de infancia, *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson, una fábula “sin las moralejas obvias que la convención considera edificantes” (p. 177). Otro foco de interés es la vida y la obra de Italo Calvino, que muestra toda la gama estética, desde un neorrealismo de la posguerra italiana hasta una vena fantástica. El siguiente análisis enfoca la contradictoria personalidad de Burroughs, que encontró en México “un infierno transitable” (p. 203) y que interesa a Villoro más por sus “repercusiones contraculturales” (p. 9) que por sus técnicas literarias, que prefiguran “el uso de las computadoras, el hipertexto, las posibilidades de mezclar la cultura del alfabeto con la cultura de la imagen” (p. 209). El libro concluye con un estudio sobre Thomas Bernhard, cuya biografía se lee, por el constante odio del austriaco hacia su patria, “como una perfecta tragedia centro-europea” (p. 214).

Los quince ensayos no son ni eruditos ni académicos y no pretenden serlo. Muy al contrario, exhiben su subjetivismo para tender puentes entre creación y crítica literarias. Es precisamente la parte más personal —los dos ensayos sobre la identidad de América Latina y la identidad de un idioma frente a la traducción— la que borra los límites entre autobiografía y ensayo crítico. Las diferentes lecturas de las obras literarias, lecturas más bien impresionistas que instauran un diálogo entre América y Europa, utilizan diferentes enfoques y comienzos partiendo de una idea central o un hilo conductor, y a veces, el autor cobra mayor relieve que la obra. De alguna manera en todos los ensayos hay refe-

rencias a la cultura mexicana. Sin embargo, Villoro huye de las imágenes restringidas de lo nacional. Nos hallamos ante uno de estos libros que, lejos de la pedantería, ensayan con *diversitas* y nos llevan a revisar o a descubrir a los ‘clásicos’. Además, se intuye, a través del ‘bagaje literario’ de un cronista contemporáneo, la estética muy personal de un autor ingenioso, el mismo Juan Villoro.

Susanne Hartwig

Rita de Maeseneer (ed.): *Convergencias e interferencias. Escribir desde los borde(r)s*. Valencia: Excultura (Tabla Redonda) 2001. 197 páginas.

Kathleen Gyssels/Isabel Hoving/Maggie Ann Bowers (eds.): *Convergences & Interferences. Newness in Intercultural Practices*. Amsterdam/Philadelphia: Rodopi (Thamyris, Intersecting: Place, Sex and Race, 8) 2001. 293 páginas.

En los dos volúmenes aquí presentados se encuentra una selección de las conferencias dictadas durante el congreso “Convergencias e interferencias/Convergences & Interferences”, realizado en Amberes (Bélgica), del 6 al 8 de abril de 2000. Fue organizado por el Grupo de Estudios Postcoloniales de Amberes, cuyo propósito era reunir a un número de investigadores para formarse una primera idea acerca de sus reflexiones en torno al tema formulado en el título.

El volumen editado por Rita de Maeseneer contiene los ensayos en español. En su introducción, la editora se refiere a un crítico bien conocido en este campo, Antonio Cornejo Polar. Orientándose en su concepto de la heterogeneidad De Maeseneer lo traduce como *inbetweenness*, de-

jando abierto otras posibilidades de interpretación. Una de éstas sería el poema de la puertorriqueña Ana Carmen Pont, que vive en Bélgica, así como la mayoría de los autores incluidos. Ya por este detalle el libro llama la atención, visto que la academia belga es una comunidad poco conocida en los estudios sobre la postcolonialidad. Sus lecturas abarcan obras de Julia Álvarez, Jaime Bayle, René Vázquez Díaz, Juan Goytisolo, Marvel Moreno, Alicia Borinsky, Juan Gelman, Rosario Ferré, Eduardo Labarca, así como de los zapatistas en Chiapas, del “Queer Aztlán” en EE.UU., del teatro chicano de Cherríe Moraga, y de Alejandro Morales sobre México D. F. Por razones diferentes, muchos de estos autores no permanecen en sus países de origen sino que tratan de explorar, en sus excursiones literarias, el impacto de su traslado a otras culturas. Es muy interesante observar que dentro de este enfoque de movilidad, la “hispanidad” comienza a manifestarse como un aspecto relativo, impregnado por otras influencias lingüísticas y culturales.

Este aspecto de relatividad no tiene tanta importancia en el volumen editado por Gyssels/Hoving/Bowers. Sus colaboradores son miembros de una academia más internacional y abarcan la gama geográfica de territorios antes colonizados por Francia o Inglaterra. Por lo tanto, escriben en francés e inglés. Otra vez, sin embargo, se destacan los investigadores belgas. Luc Razón se pregunta en un ensayo sobre una novela de Rachid Mimouni (Argelia), de qué manera el anterior dictador de un país imaginario puede figurar como un representante de la subalternidad. Es obvio que, en este caso, se trata de cuestionar el discurso de los excluidos o marginados del espacio público y su papel activo en la fundación de una lógica dictatorial. Esta pregunta emerge también en otros ensayos, como el de Véronique Bragard sobre Ana-

da Devi (Mauricia/Suiza), en la que comprueba que la identificación con una lógica discursiva es un dilema crucial.

En los otros ensayos sobre Evelyn Acad, David Bradley, Cristina García, Amitav Gosh, Dewe Gorode, Claudine Jacques, Sergio Kokis, Nicolas Kurtovitch, Sahni Mootoo, Alba Nydia Ambert, Émile Ollivier, Michael Ondaatje, Salman Rushdie, M. Hanan Al-Shaykh, y otros autores más, los colaboradores no confieren a la constitución del discurso en una lengua específica el mismo papel prioritario como en el volumen editado por De Maeseneer. En este caso, el interés se dirige más a las aproximaciones teóricas del proceso de la desterritorialización, de la negociación de otro ámbito cultural en el esfuerzo de no perder la noción de un origen propio.

Este libro se publica dentro de la serie “Thamyris, Intersecting: Place, Sex and Race”, de la casa editorial Rodopi, que pretende promover, en una aproximación interdisciplinaria, “black and ethnic studies, gender studies, and queer studies, and facilitate dialogue and confrontations between them” (p. 5). Sorprende que el subtítulo del libro sea “Newness in Inter-cultural Practices”, ya que todas las categorías mencionadas suenan como tomadas de los estudios culturales del mundo anglosajón de las últimas décadas. Entonces, lo nuevo consistiría en que, a grandes rasgos, las editoras invitan a estimular un debate abierto sobre aquellas mismas sin que se perfilen un tema formulado con anterioridad.

Por lo tanto, los lectores deben sentirse invitados a escoger un *leitmotiv*. En este sentido podrían servir los ensayos de Nadia Lie, incluidos en cada uno de los dos volúmenes aquí reseñados. Lie analiza la construcción de la hispanidad en torno al tema del Zorro, el Robin Hood de California, como un personaje generado por los medios de comunicación norteamericanos. Esta conexión con los medios da inspira-

ción para ver este tema con precisión. En “Worldpainting, art-vaudou, et/ou néo-baroque”, por ejemplo, Hermann Midde-lanis discute el cuadro *Table dressé au bois Caiman* (1991) del pintor haitiano Édouard Duval-Carrié, colocándolo dentro de la tradición iconográfica y literaria que tiene la revolución haitiana como referente.

En resumen, la publicación de estos dos volúmenes es un hecho importante para evidenciar la reflexión sobre los detalles de un imaginario ‘colonizado’ en transformación. Las editoras no se detienen tanto en las grandes polémicas ideológicas del momento, sino se concentran en presentar materiales elocuentes al respecto. El hecho de hacerlo además a partir de una perspectiva belga es, sobre todo en el caso de De Maeseneer, muy refrescante. En un mundo en que el debate sobre la postcolonialidad está por explotar en los congresos y simposios, la organización de su volumen enfatiza un aspecto muy poco tomado en cuenta: la relatividad de los valores culturales cuando se construye un discurso en español. Está por ver qué papel cumplirá este tema entre los especialistas de América Latina y del mundo peninsular europeo en un futuro próximo.

Ineke Phaf-Rheinberger

Rafael Olea Franco (ed.): *Literatura mexicana del otro fin de siglo*. México: El Colegio de México/Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios (Cátedra Jaime Torres Bodet/Literatura mexicana, 6) 2001. 691 páginas.

Una fuente inagotable de noticias, este grueso tomo que recoge las ponencias del congreso organizado bajo los auspicios de la Cátedra Jaime Torres Bodet del Centro de Estudios Lingüísticos y Literarios de El

Colegio de México sobre el tema y destinado a ampliar, como afirma Rafael Olea Franco en su presentación de las actas, el conocimiento general sobre una época del pasado, poco conocida a pesar de todo en la variedad de sus manifestaciones; una cultura que no puede menos de reflejar la “palpitante realidad que bullía en su entorno”. Un conjunto de trabajos que, según el citado autor, está destinado a demostrar el “carácter inmortal de muchas obras decimonónicas”, a las que, por consiguiente, podrá aplicarse “sin temor el término de ‘clásicas’ con que suele culminar el largo proceso de apreciación artística”.

De entrada creo que el problema no sea tanto el de promover a “clásicas” las obras del siglo XIX, sino el de conocerlas, penetrar en el mecanismo que las originó, reconstruir el ambiente y la cultura de las que surgieron, el mecanismo que presidió su gestación, amén de la ideología que dominaba en sus autores y su formación literaria. Con ello, el objetivo que el congreso se había propuesto resultaría abundantemente alcanzado. Y lo es, en efecto, a través de estas numerosísimas intervenciones—47 ponencias nada menos— que meritoriamente, en pro de la cultura, resucitan un mundo que el tiempo, salvo contadas excepciones, parecía haber definitivamente enterrado. De modo que el siglo XIX mexicano resulta ahora vuelto con intacta frescura a la luz. Mérito grande de los investigadores que formaron parte del congreso.

Reseñar pormenorizadamente este inmenso material es tarea imposible. Haría falta escribir otro libro. Sólo daré una idea de la repartición de los argumentos a través de sus grandes sectores. El primero está dedicado a una inteligente reflexión acerca del Modernismo. Y aquí hay que destacar las cuatro ponencias y en particular la de Vicente Quirarte, dedicada al bohemio Bernardo Couto Castillo, en la que destaca el papel del cuerpo femenino y

de la muerte, de tanto atractivo en la poesía del decadentismo y del modernismo. Christina Karageorgou-Bastea profundiza el pragmatismo corpóreo del poeta José J. Tablada y su papel desde la *Revista Moderna*. De notable penetración es el examen de Ana Laura Zavala Díaz en torno al decadentismo mexicano, y de enorme utilidad la crónica de las polémicas modernistas realizada por Belem Clark de Lara.

Es ésta la parte de las actas que uno, interesado seriamente en la literatura no solo mexicana sino de toda Hispanoamérica, debe conocer. Pero, tengo que confesar –la experiencia es mía, al fin y al cabo, como lector y “reseñista”– que por haberme interesado varias veces en el modernismo americano, he ido aprendiendo de las ponencias de estas actas una infinidad de cosas. Hay que tener en cuenta que, por cuanto todos sabemos que al modernismo México ha dado poetas y escritores de gran significado –anunciadores, expresión plena y renovadores–, muy poco conocemos todavía desde “las Europas”, como dirían los súbditos del Patriarca de García Márquez, acerca de la historia interna de la literatura mexicana, una de las mayores, o la mayor sin más, del continente americano.

Así que seguir con la lectura de este grueso volumen significa entrar en una mina riquísima, un verdadero Potosí. De esta manera, uno se encuentra con nombres conocidos y desconocidos. En el sector dedicado a los “Poetas”, el conocido crítico Iván A. Schulman nos presenta a Díaz Mirón (“¿poeta de fronteras?”), Silvia Molloy investiga la naturaleza complicada sentimentalmente de Amado Nervo, autor al que da un aporte notable, en cuanto a su primer desarrollo, también Gustavo Jiménez Aguirre.

Viene luego un sector dedicado a la “Narrativa breve”, rico en noticias y reflexiones, sea debido al examen de un cuento

de Manuel Gutiérrez Nájera, que realiza Aníbal González, sea por la exhumación inteligente que hace M. E. Munguía Zatarain de los demasiado olvidados *Cuentos del General* y su papel en la fundación de una poética del cuento mexicano. Sin olvidar las contribuciones varias que siguen, en este sector y en los demás: “Novelistas”, “Novela histórica”, “Crónica y Teatro”, “Cultura popular y tradicional”, “Leyenda y ficción”, un más que interesante “Discurso de la Femenidad y del amor”, donde intervienen sólo voces femeninas, partiendo de un inicial examen de la poesía de las mujeres mexicanas del siglo XIX, “entre el ángel del hogar y la construcción de la patria”, realizado por Esther Hernández Palacios, pasando luego a la poesía de María Enriqueta, estudiada por Yvette Jiménez de Báez, la narrativa de Laura Méndez de Cuenca, a la que se dedican Ana Rosa Domenella y Luzelena Gutiérrez de Velasco, y el epistolario amoroso de Vicente Riva Palacio examinado por Esther Martínez Luna.

Un amplio sector está reservado al escritor Heriberto Frías (intervenciones de Adriana Sandoval, Catherine Raffi-Bérout e Yliana Rodríguez González), otro a Manuel Payno, de quien María Teresa Solórzano Ponce investiga la presencia de la cultura oficial y la tradición popular en su novela *Los bandidos de Río Frío*, mientras Ana Staples examina su papel como fuente primaria para la historia mexicana. Otras contribuciones importantes al mismo autor son las de Marlène Schmitt e Ignacio Díaz Ruiz.

Entre los escritores ya clásicos y más conocidos se encuentran tratados, en su respectivo sector, Luis Inclán (Manuel Sol), Emilio Rabasa (María Rosa Palazón Mayoral), Federico Gamboa a propósito de su novela *Santa* (Josefina Ludmer); Edith Negrín entra en el laboratorio de Azuela a través de su novela *María Luisa*,

y Alberto Vital se dedica a la recepción “mutua” de dos novelistas, Victoriano Salado Álvarez y Mariano Azuela.

El peligro de la presente reseña es el de transformarse en una lista de nombres y títulos, con el defecto añadido de corresponder al interés personal de quien escribe. Es el caso de mi interés por el trabajo de Laura Suárez de la Torre, que trata de las principales casas editoriales de la Ciudad de México entre 1840 y 1855, y las revistas: véanse las ponencias de Pilar Mandujano Jacobo acerca de la *Revista Moderna* y de Blanca Rodríguez sobre *La Lira Chihuahuense* (1896-1901).

Concluye el tomo un sector dedicado a la “Discusión de las ideas”, donde intervienen Pablo Mora, tratando de “Restauración y catolicismo” en las letras mexicanas en el período 1830-1850, John Skirius a propósito de “Los franceses en los ensayos de Ignacio Ramírez”, Leonardo Martínez Carrizales, quien escribe sobre Manuel Gustavo Revilla “entre la pedagogía y la crítica de la literatura”, y Fernando Curiel Defossé quien ilustra “Tres algaradas estudiantiles”, es decir “tres episodios a caballo entre los siglos XIX y XX” que se relacionan “con la profunda crisis que aqueja a la sociedad revolucionaria”.

Lo expuesto dejará ciertamente curioso al lector y yo le invito, naturalmente, a leerse todo el libro.

Giuseppe Bellini

John Wesley Shillington: *Grappling with Atrocity. Guatemalan Theater in the 1990s*. Madison/London: Fairleigh Dickinson University Press/Associated University Presses 2002. 207 páginas.

Que el tema de la violencia sea el predominante en el teatro guatemalteco del

último decenio, como sugiere el título del libro de Shillington, ciertamente no sorprende en un país que con más de 200.000 muertos y miles de desaparecidos ha sufrido la guerra civil más larga de Latinoamérica, y donde el proceso de paz no prevé ni la vindicación de las víctimas ni la punición de los victimarios. Sorprende, sin embargo, el ímpetu de numerosos autores y grupos de creación colectiva, que emprendieron a contribuir, con gran impacto en el público, a ese proceso de paz, encarando el pasado para sobreponerse a lo que fue y sigue siendo un verdadero trauma colectivo. Shillington se sirve mayormente de textos que están sin publicar, y respalda su argumentación en entrevistas y comunicaciones personales —hecho que por cierto dificulta la verificación de sus aseveraciones, pero que al mismo tiempo proporciona al lector un material e informaciones sin acceso para el que no ha podido (como el autor) presenciar *in situ* la escena teatral guatemalteca a lo largo del último decenio—.

Para realzar la originalidad de esta última promoción de autores y grupos teatrales, Shillington procura, en un primer capítulo, una vista panorámica de la producción teatral guatemalteca desde comienzos del siglo XX, concentrándose en dos épocas de mayor auge y proliferación del género: el período que se inició con la revolución de 1944 y se cerró en 1954 con el golpe contra Jacobo Arbenz, con Manuel Galich como figura dominante en el ámbito del teatro; y el período que va de 1962 a 1978, a pesar de la guerra civil “época de oro” del teatro guatemalteco, con Hugo Carrillo y Manuel José Arce que dominaron la escena, hasta que el recrudescimiento de la violencia del Estado bajo Romeo Lucas García puso fin a las actividades teatrales, forzando a autores y actores, amenazados de muerte, a refugiarse en el silencio o en el exilio. Cuando

en 1986 se instaló un gobierno civil, empezó a recuperarse lentamente la escena teatral, en primer lugar mediante la reposición de éxitos anteriores de un teatro de protesta y resistencia que, sin embargo, debió resultar poco adecuado para contribuir a la reconciliación nacional que, según Shillington, iba ser el objetivo principal de los autores y grupos que surgieron en la década de los noventa.

Esa producción es presentada según tres categorías que el autor desenvuelve en tres distintos capítulos: el “teatro satírico”, que permite, a través de la burla y la risa, un acercamiento más distanciado a temas tabúes y procura una válvula de escape para aliviar tensión y dolor; el “teatro didáctico”, que a manera de un teatro *agit prop* delata crímenes y atrocidades, en muchos casos basados en hechos reales, no para denunciar sino para reflexionar y provocar el mismo alivio a través de un acto catártico; y el “teatro simbólico”, que expresa lo vivido recurriendo a figuras y situaciones arquetípicas relacionadas con el existencialismo y el teatro del absurdo. De especial interés —y de un peculiar éxito entre el público— son las sátiras políticas que, siguiendo la tradición carnavalesca de la *Huelga de dolores*, se sirven de asuntos y personajes de actualidad como, por ejemplo, la pieza *El General no tiene quien le inscriba* (1995) de Jorge Ramírez, acerca de la figura controversial de Ríos Montt y su perenne empeño en presentarse como candidato a la presidencia, violando la Constitución que no admite a todo aquel involucrado (como el propio Ríos Montt) en un golpe de Estado. De un interés particular —aunque de un menor éxito comercial— son también las piezas “didácticas”: por ejemplo, *Mujeres de la guerra* (1995), de Fran Lepe y el grupo ACSA (Arte y Comunicaciones Sociales para la Paz), que tematiza la violencia de la que fueron víctimas par-

ticularmente las mujeres durante la guerra; o *Nunca más* (1999) de Margarita Kénéfic y Luis Escobedo, que no le ahorra al espectador escenas crudas de pesadilla pero que —en oposición a *El corazón del espantapájaros* (1962), la pieza célebre de Hugo Carrillo, con la que se empareja en cuanto a tema y estructura— incita no a la denuncia sino al perdón, que no sería olvido sino comprensión y paz. Éste sería, según Shillington, el “mensaje” del teatro de posguerra en Guatemala: “The plays frame the topic of peace as an ultimatum: it is not only the desired path, but the single viable option. The alternative is to be condemned to repeat history” (p. 147).

Frauke Gewecke

Juan Carlos Quintero Herencia: *Fulguración del espacio. Letras e imaginario institucional de la Revolución Cubana (1960-1971)*. Rosario: Beatriz Viterbo 2002. 574 páginas.

¿Por qué la revista *Casa de las Américas* fue emblema de la latinoamericanidad en los años sesenta? ¿Cómo leer las marcas que la revista produjo después de cuarenta años de su aparición? ¿Dónde se cifra la cubanidad de *Casa de las Américas*? ¿Cómo se constituyó ese espacio común al que se vincularon la inmensa mayoría de los intelectuales latinoamericanos? ¿Hasta qué punto la revolución permitió el diálogo? ¿Existió un orden público en la Cuba de los años sesenta? Éstas son algunas de las preguntas medulares que alientan la escritura de *Fulguración del espacio*, y para dar respuesta a esos interrogantes, el libro propone la lectura crítica de la producción editorial de los primeros 68 números de la revista. Desde las texturas que esos volúmenes

ponen en juego, Quintero Herencia estudiaba los modos en que se fue articulando el imaginario revolucionario y las tensiones discursivas que en los años sesenta dieron lugar a uno de los momentos históricos de mayor singularidad en la historia de América Latina. El autor configura su objeto de estudio a partir de un complejo mapa de discursos, polémicas, cartas abiertas, mesas redondas, entrevistas y testimonios, con el fin de visitar *Casa de las Américas* figurándose, él mismo, como un viajero a la “isla de la Utopía” de los años sesenta. Pero esta vez, el viajero irá pertrechado de la distancia crítica necesaria para mantenerse alejado del “nosotros” latinoamericanista que definió la impronta pública en aquellos tiempos para poder recuperar la heterogeneidad dialógica que definió la relación de la revista con su entorno cultural.

En esos primeros diez años de la revista, Quintero Herencia analiza los modos en que se conforma una topografía textual donde se escenifica el debate en torno de la reformulación de las relaciones entre lo literario y lo político en Cuba y en América Latina. De este modo, *Fulguración del espacio* reconstruye el proceso a partir del cual la revista asume la temporalidad revolucionaria de la isla. La perspectiva que nos propone el autor surge, en un comienzo, desde la pregunta por los sentidos que se aglutinan detrás del vocablo “revolución” desde el momento que el mismo no nombra sólo rupturas y quiebres sino que también perfila modos de regreso o de restauración de una tradición. Así es posible pensar la labor editorial de *Casa de las Américas* en términos de continuidad con la tradición literaria nacional cubana y señalar sus similitudes y sus diferencias con la anterioridad letrada próxima a la revolución, en especial la filiación de la labor de *Casa de las Américas* con la de la revista *Orígenes* y su imaginario utópico

de nacionalidad que, en términos lezamiannos, asume el carácter de una “teleología insular”. Quintero Herencia demuestra cómo las preocupaciones y temas asociados a *Orígenes* siguieron gravitando discursivamente en los debates iniciales del campo cultural revolucionario.

Al mismo tiempo que reflexiona sobre el pasado literario de *Casa de las Américas*, el libro estudia el proceso de la institucionalización de la revolución cubana y los efectos políticos y culturales de los discursos que fueron constituyendo las imágenes del intelectual y el hombre nuevo emanadas desde el poder revolucionario, en especial, desde “Palabras a los intelectuales” (1961) de Fidel Castro y “El socialismo y el hombre en Cuba” (1965) de Ernesto Che Guevara. En la multiplicidad discursiva de los primeros 68 números de la revista *Casa de las Américas* es posible señalar los términos que dibujan la paradoja que envolvió a las discusiones políticas y culturales latinoamericanas en la década del sesenta. Si por un lado se constata la progresiva cancelación de una “esfera pública” autónoma al interior del proceso de institucionalización revolucionario bajo la rígida centralización estatal, por el otro se verifica la vocación dialógica fomentada por una revista que circuló ampliamente, que fue modélica en campos exteriores al cubano y que logró incidir en otros pensamientos y textualidades fuera de los límites de la isla. De este modo, *Fulguración del espacio* describe los primeros años de la revolución a partir de la experiencia editorial de una revista que se vuelve un *locus* institucional donde coexistieron las búsquedas de las poéticas de lo nuevo junto a los relatos moralizadores y marciales de la oficialidad revolucionaria.

Quintero Herencia encuentra un momento de cierre para su análisis a partir de la sobrevaloración del modelo bélico hacia fines de la década, cuando surge con

fuerza implacable la figura del “guerrillero intelectual” tal como lo enuncia la contundencia de Manuel Moreno Fraginals en “La historia como arma” (1969). Cuando se impone la lógica de la guerra al quehacer intelectual se termina militarizando el campo cultural cubano para dar inicio al período que ha sido denominado “Quinquenio gris” (1971-1976) en atención al endurecimiento ideológico del gobierno revolucionario. En estas circunstancias históricas, *Casa de las Américas* exhibe una creciente discursividad moralizante y moralista, que determina las razones para el corte de la periodización crítica que el libro propone.

Mónica Bernabé

Susanna Regazzoni (ed.): *Cuba: una literatura sin fronteras/Cuba: A Literature beyond Boundaries*. Frankfurt/M./Madrid: Vervuert/Iberoamericana (Teoría y crítica de la cultura y literatura, 22) 2001. 148 páginas.

La presente obra consta básicamente de una serie de ensayos, escritos en español y en inglés, que enfocan la variedad de la escritura de mujeres residentes dentro y fuera de Cuba. En la segunda parte, mucho menos extensa, se presenta a dos escritoras, Nancy Alonso y Mirta Yáñez, con un cuento respectivamente.

En su ensayo “Cuba, cubanidad y cubanía. Identidad y escritura”, que abre el volumen, la editora, Susanna Regazzoni, habla de un auténtico *boom* de la literatura cubana que, según ella, se debe, entre otras cosas, al gran interés internacional por la especial situación política de la isla. Los grandes éxodos que ha vivido a lo largo de su accidentada historia y las múltiples fracturas internas han producido una reali-

dad cultural multifacética, que abarca toda una amalgama de identidades, aspiraciones, sueños, inquietudes, etc. Para obtener una visión más amplia de la escritura femenina cubana, por consiguiente, hay que prestar atención tanto a la literatura producida dentro como fuera de la isla.

En su segunda contribución, que lleva como título “Las antepasadas”, Regazzoni se centra en la condesa de Merlín y en Gertrudis Gómez de Avellaneda, ambas escritoras que ya vivieron la experiencia de la emigración en el siglo XIX y no obstante conservaron siempre los lazos afectivos con su país natal. En la parte dedicada a Gómez de Avellaneda, la autora analiza sobre todo el significado de su novela *Sab* dentro de la tradición de la novela anti-esclavista.

Entre los demás ensayos, que presentan diferentes aspectos de la compleja literatura cubana escrita por mujeres, cabe destacar el estudio de Maida Watson sobre el teatro cubano del exilio, así como el de Daniela Ciani Forza sobre la novela *The Agüero Sisters*, de Cristina García. El recurrente tema de la memoria, la nostalgia y el conflicto entre las dos Cubas, la de la isla y la del exilio, que en su representación teatral muchas veces está determinada por una clara posición política, se plantea, en la novela de Cristina García, desde un ángulo distinto: el del enfrentamiento con una problemática muy personal que sólo en un segundo plano tiene que ver con factores políticos.

En resumen, la presente obra ha conseguido su fin de mostrar la “pluralidad de las voces de escritoras cubanas que residieron y residen dentro y fuera de la Isla” incluyendo, además de los estudios críticos, dos cuentos como ejemplos de la riqueza de discursos narrativos dentro de la literatura cubana.

Astrid Böhringer

Kenneth J. Andrien: *Andean Worlds. Indigenous History, Culture, and Consciousness under Spanish Rule, 1532-1825*. Albuquerque: University of New Mexico Press (Diálogos, 11) 2001. xiii, 290 páginas.

Andean Worlds, publicado por el conocido especialista de historia colonial latinoamericana Kenneth J. Andrien en la serie “Diálogos” destinada al uso de especialistas, así como de estudiantes en cursos universitarios, es un prototipo de la buena tradición hispanística sobre todo inglesa: proporciona una síntesis multidisciplinaria de los saberes en la materia —y hasta de las controversias—, legible y entendible por novicios sin, por eso, causar tedio a los profesionales y provisto, además de ilustraciones y mapas, de un útil glosario de los términos usados y una lista de “lecturas sugeridas”. Sigue a una introducción que enmarca el tema, las fuentes y las disciplinas interesadas, un primer acápite temático sobre el “Tawantinsuyu en 1532”, año del ‘encuentro’ de Atahualpa y Francisco Pizarro (cap. 2), que resume los datos políticos, económicos y culturales del imperio inca. Los cinco capítulos siguientes tratan del Estado colonial, de su orden socio-económico, de la cultura y sociedad andinas, de las religiones y de las rebeliones (la historia española de la época colonial se da por conocida). Cada uno de estos capítulos viene provisto de varios subtítulos que orientan la lectura, y se termina con una conclusión (otra conclusión cierra el libro).

El exponer los esfuerzos de la Corona para establecer, hacer funcionar y controlar un Estado colonial desemboca en un enredo de fechas, nombres, leyes, etc. —ejemplo de ello es el tercer capítulo, de 30 páginas que cubren trescientos años—. Casi concluyendo se cita (como para

todos los textos originales y hasta los títulos de la lista de lecturas, en traducción inglesa) a uno de los visitantes en 1777: “Here everything is private interest, nothing public good” (p. 67). Termina Andrien observando que hasta 1825 fue cercenado el poder de las elites indígenas, y se nivelaron las diferencias étnicas entre los grupos respectivos. (Al progresar la lectura se ve que los datos acumulados en este tercer capítulo conforman un marco al que el autor recurre continuamente: efecto que se llama “reforzamiento” en didáctica.)

El cuarto capítulo está dedicado a los principios de un área económica global en los Andes. El autor discute las “culturas económicas muy diferentes de los pueblos europeos y andinos” (p. 101), basadas en los conceptos de logro individual según la oferta y demanda dentro de un sistema de mercados, en oposición a la reciprocidad y redistribución dentro de una red de parentescos. Andrien sostiene que partes de la población andina logran mantener sus normas culturales y que en un largo proceso de fusión, ambas culturas sufrieron cambios. Aquí, como en los siguientes capítulos, llega a conciliar sus datos con cuidadosos análisis y raciocinios. Guiándose en cada capítulo —como en cada acápite temático— por la cronología, explica la institución de la encomienda y los conflictos, por abuso, que se produjeron desde su creación. La densidad poblacional se identifica como otro elemento de la estructura económica, en cuanto que sufrió vehementes deterioros a causa de renovadas olas de epidemias importadas de Europa. Se exponen después las ganancias en oro y plata —todavía durante los retrocesos del siglo XVII Potosí se comparaba ventajosamente con las más grandes minas de plata en México—, los sistemas de transportes marítimos y terrestres —se convirtió en toda una red lo que en tiempos de los

incas habían sido líneas verticales de intercambio—, la expansión de las grandes ciudades como Lima y Potosí, el desenvolvimiento de una economía rural para abastecerlas y la confrontación de los *ayllus* tradicionales, en posesión de sus títulos comunales de terreno, con la adquisición individual de haciendas por propietarios españoles. Bajo el subtítulo de “Regionalism and Economic Diversification, 1620-1730” se analizan los cambios dentro de la población andina y su causa, el sistema mercantil colonial: relaciona el autor la producción agraria, las contribuciones siempre más pesadas que culminaron con las reformas borbónicas, la mita, las huidas hacia las ciudades para escapar de ella y de las contribuciones, las haciendas y el sistema de endeudamientos¹, la etnogénesis de nuevos asentamientos, los “trajines”, el cambiante y a veces ambiguo rol de los *kurakas*. Los terremotos y epidemias que ocurrieron a finales del siglo XVII se interpretan como punto de partida para la búsqueda de otras salidas comerciales hacia los nuevos virreinos de Nueva Granada y del Río de la Plata. El fin del capítulo sobre los años anteriores a la independencia analiza los antagonismos entre varias medidas administrativas de los Borbones, y, del otro lado, las protestas de criollos, mestizos y pueblos andinos, primero en forma de memoriales y propuestas innovadoras y hasta querrelas en las audiencias, pero explotando finalmente, a partir de los años cuarenta, en violentas rebeliones.

¹ Este ‘duo’ sigue en vigor para los peones; véase Brigitte Simon/Barbara Schuchard/Jürgen Riester (1980): I SOLD MYSELF – I WAS BOUGHT. A Socioeconomic Analysis Based on Interviews with Sugar-Cane Harvesters in Santa Cruz de la Sierra, Bolivia. Copenhagen: International Workgroup for Indigenous Peoples.

Como tema del quinto capítulo (“Andean Culture and Society”) se focalizan los “indios ladinos” o “mestizos culturales” (p. 150), “clase emergente de andinos biculturales” (p. 103), como cuyo protagonista se propone a Guamán Poma de Ayala, autor de la *Nueva Corónica*, la cual se plantea como sorprendente artefacto de la “cultura híbrida colonial” (*ibíd.*). Posteriormente, se enfocan la elaboración de diccionarios y gramáticas quechuas y aymaras para los españoles, el ambiguo rol de los primeros “lenguas” o intérpretes indígenas, la crónica de Guamán y otras obras que le hacen la competencia, como también las artes (pintura, tejidos, cerámica, etc.), todo lo que testimonia una “mezcla cultural compleja y en constante evolución” (p. 106). Andrien insiste en la revolución que significa el paso de una cultura indígena sin escritura alfabética hacia la alfabetización en castellano², decidida en vista de un imperio multiétnico y sus decenas de lenguas y dialectos indígenas, y la incipiente escolaridad, no dejando de acentuar las vueltas y los antagonismos en las políticas lingüísticas clerical y secular; recalca que las órdenes religiosas siguieron las decisiones del Concilio de Trento, concentrando sus esfuerzos en las dos lenguas mayores, quechua y aymara. En las artes realiza la invasión de representaciones figurativas, en vez de los diseños geométricos abstractos heredados del imperio inca, y expone

² Relata esquemáticamente la historia de las investigaciones sobre estos tópicos, confrontando el “aculturalismo” de Jack Goody (*The Domestication of the Savage Mind*, 1977) o de Walter J. Ong (*Orality and Literacy: The Technologizing of the Word*, 1982) con Walter D. Mignolo (*The Darker Side of the Renaissance: Literacy, Territoriality, and Colonization*, 1995). (De paso, Andrien explica cómo funcionaba el sistema comunicativo de los *quipus*.)

de manera sugerente el lenguaje simbólico de estos diseños, que representa todo un sistema de “writing without words”³. Presentando rápidamente el desarrollo del arte pictórico colonial que culmina en la escuela de Cuzco, termina el capítulo con una discusión detallada de los conceptos andinos del espacio geográfico y sus divisiones simbólicas, contrastados con las ideas europeas del espacio, su apropiación privada y confirmada por una legislación escrita.

Pienso que aquí casi se puede hacer caso omiso del –excelente– sexto capítulo, acerca de la política misionera y del intento de imposición de la ortodoxia católica, puesto que son asuntos bastante conocidos desde los debates acerca de la “teología de la liberación” y del Centenario. Quisiera llamar la atención, sin embargo, sobre las páginas dedicadas a las religiones andinas y su cosmología, diferentes según los grupos étnicos; a las periódicas campañas de “extirpación” entre 1609 y 1750; a manifestaciones como la “enfermedad” del Taqui Onqoy, movimiento milenarista indígena de protesta; o a la mezcla de rasgos culturales tradicionales en las fiestas de Corpus Christi en Cuzco. El autor pone fin al capítulo con la explicación del término *mañay*, que designa en quechua un compromiso religioso cuyo rol era significativo desde las conquistas incaicas.

Por último, Andrien expone “Resistance, Rebellion, and Consciousness”, elaborando las grandes rebeliones a partir de Manco Inca en 1536 con más detalles, pero analizando de paso también las rebeliones menores. Presenta su culminación en

verdaderas guerras civiles de ejércitos reunidos entre hablantes del quechua y del aymara. Progresivamente, el lector va entendiendo que los lapsos exentos de serias amenazas para la dominación española en los Andes se sitúan entre la conquista de Vilcabamba y la ejecución de Tupac Amaru I (1572) y las rebeliones provocadas por las reformas borbónicas en el siglo XVIII. Estas rebeliones se funden con las guerras de independencia, en las que los andinos participan en ambos lados. El autor demuestra a lo largo del capítulo que los españoles nunca llegaron a sobreponerse a la identidad y conciencia andinas, y expone que todos los líderes rebeldes apelaron a ello.

Andrien no parece inclinado a las fórmulas rápidas y cortantes, antes bien pondera cuidadosamente y busca argumentos y hechos probatorios de lo que va adelantando. Metódicamente y con fines pedagógicos, parece, aduce ejemplos: personas o casos representativos, cifras, porcentajes y aproximaciones a estadísticas modernas, todo con excelente documentación. Así, *Andean Worlds* es una lectura muy recomendable, agradable además por la perceptible simpatía del autor por lo que toca a estos mundos andinos⁴.

Barbara Schuchard

³ Cfr. Elizabeth Hill Boone/Walter D. Mignolo (eds.) (1994): *Writing without Words: Alternative Literacies in Mesoamerica and the Andes*. Durham: Duke University Press.

⁴ Según una reseña no firmada de *Tradición andina e historia colonial. A cura di Francesca Cantù, Guaman Poma y Blas Valera* [!], (Roma: Pellicani, 2001), publicada en *Cuadernos Hispanoamericanos* (629, 2002, pp. 143 s.), “[h]ace unos años aparecieron en un archivo napolitano privado unos documentos que parecen destinados a cambiar algunos datos básicos de la historia del Perú colonial”. Las “novedades” serían hasta “explosivas” porque relatarían la conquista del Perú con ayuda del arsénico (envenenamiento de la gente de Atahualpa), postularían nuevas autorías para la *Nueva Corónica* de Guamán Poma y los Co-

Nilda M.^a Flawiá de Fernández: *Itinerarios literarios. Construcciones y reconstrucciones identitarias*. Madrid/Frankfurt/M.: Iberoamericana/Veruert 2001. 138 páginas.

En este estudio, la autora retoma un tema del que ya se ha ocupado en otras ocasiones y que, además, ha sido tratado últimamente con intensidad, lo que demuestra que continúa estando vigente en la crítica latinoamericana en general y en la argentina en particular. La autora sigue el camino del discurso sobre la identidad en diferentes géneros literarios, como son el ensayo y la novela, además de dos revistas literarias publicadas en la provincia, considerando textos tanto del siglo XIX como del siglo XX. Así, en la Argentina del siglo XIX, que se enfrenta a la masiva inmigración europea, el discurso cultural intenta, por vía de la homogeneización, incorporar al “otro” mediante un discurso de la identidad que está marcado por los límites de lo nacional. En cambio, en el siglo XX el tema de la identidad deviene ambiguo, y sus límites se hacen confusos, a causa del proceso de globalización y la presencia de los medios masivos. Esto lleva a la literatura a plantearse las preguntas esenciales del discurso identitario, como *¿quiénes fuimos?*, *¿quiénes somos?* y *¿quiénes seremos?*, desde nuevas perspectivas.

mentarios Reales del Inca Garcilaso, y llevarán noticias sobre “quipus literarios” para registrar “auténticos textos”. Andrien, quien ha seguido de cerca las discusiones sobre esos “documentos”, los tilda (en una comunicación personal a B. S.) de “interesting tale”, resultándole a él “an obvious forgery” sin ningún valor histórico. [Para un resumen actual de la controversia véase Pedro Guibovich (2003), en *Colonial Latin American Review* XII, junio, pp. 99-103.]

En su interpretación de los textos escogidos, Flawiá de Fernández trata de seguir las huellas del discurso de la identidad en la literatura argentina, “considerando el quehacer literario como un discurso social más en la complejidad de una nación” (p. 17). Esta suposición explica también la selección de los textos analizados, algunos publicados en tiempos de cambio político. Los títulos de los capítulos –“El discurso ensayístico, itinerario reflexivo-interpretativo”, “Narrativa argentina del siglo XX, itinerarios multifacéticos y polifónicos” y “Revistas literarias, itinerarios de diferentes formas de mirar y de decir”– reflejan los marcos temáticos que para la autora son de primordial interés. El análisis de los primeros dos textos, *Peregrinación de luz del día* de Alberdi y *Argirópolis* de Sarmiento, se basa en la tematización de la historia y la utopía, demostrando cómo en la literatura argentina, al igual que en la de toda América Latina (y se podría decir, en la literatura en general), el pensamiento utópico se convierte en un espacio donde la literatura propone lecturas desde y hacia otra realidad. También los dos textos analizados a continuación, *De bello gallico* de Julio César y *Facundo o civilización y barbarie* de Sarmiento, proyectan un futuro diferente, tratándolo por la vía biográfica.

La ampliación, que según Flawiá de Fernández se produce en el discurso de la identidad en el siglo XX, se demuestra en la apertura del campo temático en la narrativa actual. El capítulo que trata este género se basa en temas como “Literatura, política e identidad”, “Mujeres, hombres; pasado y presente” y “Escribir desde las fronteras”. Los textos aquí presentados corresponden a la ya mencionada suposición de la autora de que “la identidad cultural surge de un contexto histórico particular y no puede ser leída como una construcción estática, sino, por el contra-

rio, como un proceso poseedor de una dinámica propia y que [...] reconstruye sus propios perfiles en las representaciones simbólicas de la literatura” (p. 18). Esto la lleva a analizar textos tan diferentes como “La fiesta del monstruo” de Borges y Bioy Casares, “Floreros de alabastros” de Gorodischer, “La muerte como efecto secundario” de Shua, “El gallo blanco” de Tizón y “Polvo y espanto” de Arias. La incorporación de dos revistas literarias, publicadas en Tucumán, se debe al propósito de Flawiá de Fernández de dar una amplia panorámica de las realizaciones del discurso de la identidad en la literatura argentina. Este deseo de amplitud es, sin embargo, problemático, ya que leyendo este estudio no se puede evitar la sensación de una cierta arbitrariedad, que no compensa del todo la gran diversidad de los discursos identitarios presentados.

Katja Carrillo Zeiter

Peter Teltscher: *Hombres con hombres con hombres. Männlichkeit im Spannungsfeld zwischen Macho und marica in der argentinischen Erzählliteratur (1839-1999)*. Berlin: edición tranvía/Walter Frey (Gender Studies Romanistik, 8) 2002. 252 páginas.

El macho es considerado, en general, como símbolo de la masculinidad latinoamericana. Pero, ¿es esta imagen, que hasta ahora prevalece en la percepción común el único posible concepto ideal del hombre? ¿O existen otras dimensiones, en las cuales son posibles la existencia y tolerancia de otros conceptos de masculinidad? El planteamiento de este problema, sumamente interesante y hasta ahora muy poco considerado por la latinoamericanística de habla alemana, es tratado por Peter

Teltscher en su estudio sobre los conceptos de masculinidad homo-eróticos en la narrativa argentina. Su disertación, publicada en la serie “Gender Studies Romanistik”, intenta encontrar otro punto de vista sobre la construcción discursiva de masculinidad hetero y homosexual en Latinoamérica, convirtiéndose así en un componente importante en la teoría latinoamericana del género.

Al inicio de su investigación, Teltscher formula la tesis de que la imagen del hombre en América Latina no se define prioritariamente por la existencia de la oposición binaria hombre/mujer sino por un “continuo de masculinidad(es)”, partiendo de la equiparación de la masculinidad con la actividad sexual. Además, el macho no domina en modo alguno indiscutidamente el escenario, sino que tiene que defender permanentemente su posición dentro del continuo contra los otros de “menos-masculinidad”. Según el punto de vista del autor, el sistema de clasificación latinoamericano de masculinidad hetero y homosexual se diferencia considerablemente de los conceptos centroeuropeos y angloamericanos. Bien es verdad que el hombre homosexual pasivo pierde como penetrado una parte de su prestigio de hombre en este sistema de género machista, pero no se equipara con la mujer, y el participante activo en el acto sexual entre dos hombres queda, incluso, sin marca. Sin embargo, en oposición al concepto de un “continuo de masculinidad(es)” que Teltscher esboza, constata al mismo tiempo que en América Latina el homosexual no tiene ningún lugar dentro de la sociedad. Por eso, si pretende ocupar un espacio propio, eso significaría, conforme a la teoría de Gilles Deleuze y Felix Guattari, después de la “desterritorialización” de la hombría machista una nueva “reterritorialización”. Cómo este reto a la sociedad llega a ser un tema en la literatu-

ra argentina, se expone a través del análisis de textos pertinentes de los últimos dos siglos, textos tanto canonizados como populares, desconocidos u olvidados, así como textos de autores jóvenes y de la literatura clandestina semi-pornográfica.

En la parte analítica, Teltscher se dirige primero al escenario de la “(de-)formación” de la masculinidad, con una serie de textos que van de *Don Segundo Sombra* de Ricardo Güiraldes y *La intrusa* de Jorge Luis Borges, a autores contemporáneos considerados como representantes de la literatura clandestina subversiva. Luego analiza, bajo el título de “(Re-)formación”, tanto la familia como institución para la producción de masculinidad heterosexual como el ejército, el internado y la cárcel como instituciones para la producción y corrección de la masculinidad. En esta parte se tratan detalladamente obras publicadas en los años sesenta y setenta del siglo XX, por ejemplo *Los premios* de Julio Cortázar, *El beso de la mujer araña* de Manuel Puig, y de David Viñas la novela *Hombres de a caballo*, que recibió el premio *Casa de las Américas*.

El interesante y complejo análisis de aquellos textos tan diferentes deja ver que el concepto de una masculinidad esencial, eternamente vigente, es visto como una ilusión, presentándose el caso de que la “desterritorialización” provocada por la “menos-masculinidad” no siempre conlleva una “reterritorialización” mediante la afirmación de la masculinidad heterosexual. El obviamente creciente interés por la figuración narrativa de “desterritorialización” y “reterritorialización” lleva a rupturas y cambios en la construcción de concepciones culturales de masculinidad, apropiándose del espacio textual una nueva masculinidad, mientras que el interés a determinaciones fijas va desapareciendo. Estos movimientos, socialmente despreciados, del “continuo de masculinidad(es)”

con sus posibilidades para cambiar el discurso cultural, contienen la imagen de una “menos-masculinidad” también positiva: un aspecto que, a diferencia del machismo dentro de un sistema obligatorio, da importancia a la variedad.

Quien se interesa por las condiciones de la construcción de la masculinidad en Latinoamérica, en cuanto transformación en el “continuo de masculinidad(es)”, no debe dejar pasar por alto las reflexiones interesantes de este libro, aun cuando se extrañará la falta de una contextualización con teorías del género actualmente discutidas: por ejemplo, con Robert W. Connell y su concepto de una masculinidad hegemónica o Judith Butler, para quien lo rechazado en el discurso no sólo resulta ser un momento constitutivo para la identidad del género en sus limitaciones binarias, sino que también implica nuevas posibilidades para llegar a cambios en el discurso cultural del género. No obstante, Peter Teltscher logra descubrir, de manera contundente, la transformación en el “continuo de masculinidad(es)” con aquellas “desterritorializaciones” de la masculinidad homosexual y los esfuerzos por la “reterritorialización” machista.

Kristina Hesse

José Luis de Diego: ¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? Intelectuales y escritores en Argentina (1970-1986). La Plata: Ediciones Al Margen 2001. 317 páginas.

El autor aborda, desde la sociología de la cultura, el estudio del campo intelectual y literario “de izquierda” argentino desde 1970 hasta 1986, investigando hasta qué punto los cruentos avatares políticos que vivió el país en la década del setenta pro-

dujeron desplazamientos y transformaciones en las líneas de continuidad y/o ruptura respecto de las estéticas precedentes. Sin embargo, muestra que los cambios en las formas de procesar simbólicamente la experiencia no responden necesariamente a transformaciones en el contexto social y político –afirmación que parece obvia, pero que, en una década como la del setenta en la Argentina, signada por la persecución ideológica y la censura, el exilio y el miedo, es necesario probar–. Así, el autor propone: “Es posible, a veinte o treinta años de aquellos sucesos, situarse en las discusiones de entonces [...] y formular hipótesis [...] que posibiliten avanzar en un diagnóstico de nuestros setentas [...] que procure ir más allá del énfasis denuncialista o del reclamo de una memoria que no por necesaria debe ceder a la tentación de la distorsión del pasado o a la discrecionalidad argumentativa” (p. 22).

Atento al peso que el “terrorismo de Estado” ha tenido en la sociedad argentina, De Diego explica la elección del corte temporal, postulando a los setenta en tanto década partida en dos: 1970 es el inicio de la investigación, el golpe de 1976 tendrá el impacto del corte que se le atribuye generalmente; un segundo momento estará delimitado por el comienzo y el final de la dictadura; y un tercero, del 83 al 86, tratará los debates producidos una vez reinstalada la democracia. El trabajo se centra en el campo literario de la novelística, género dominante desde los setenta hasta la actualidad.

El texto despliega hábilmente una cantidad de cuestiones. En principio, el autor sabe que los saberes cristalizados de sus lectores son muchos y muy arraigados. Propone entonces, para contrarrestarlos, en cada capítulo, una serie de interrogantes, que a simple vista parecen sencillos pero que en su desarrollo desarticulan los preconceptos. Un tono llano invita al

lector, especialista o no, a la lectura atenta y difícil de suspender. La escritura convoca a un abanico de originales imágenes para pensar los conflictos del campo intelectual de los setenta, rehuyendo a la *vulgata* que circula en torno a esa época y problematizando las cuestiones.

Otro acierto es la revalorización de una escritura crítica más atenta a la complejidad del objeto que a la plasmación de un modelo teórico. Si bien es evidente la utilización de conceptos teóricos ligados a Pierre Bourdieu (campo intelectual con sus escritores, editores, etc.; autonomía relativa del campo) y Raymond Williams (en relación a los elementos dominantes, residuales y emergentes) De Diego elige no explicitarlos y da prioridad a una escritura crítica que surja de la densidad significativa del objeto. Esta forma de entender la investigación se traduce en una inteligente elección y lectura de revistas clave, que circularon en la época, concebidas como lugares en los que se ponen de manifiesto intereses ideológicos y tensiones discursivas, buscando en estas publicaciones los tópicos comunes y las polémicas de aquellos años. Entre algunas de las revistas analizadas, en *Nuevos Aires* y *Crisis* se leen los dilemas ligados al intelectual/revolución, artista/pueblo; *Los Libros* se presenta como espacio que plantea el origen y desarrollo de una nueva crítica; *Punto de Vista* como publicación central dentro del campo cultural en una tarea esencial de revisión de los instrumentos teóricos y con un fuerte peso en la redefinición de las líneas de la tradición literaria argentina.

En la experiencia del exilio, el autor lee los cambios sustanciales que se producen en el interior del campo literario. Entre diversas cuestiones, muestra las operaciones que llevaron a Julio Cortázar –de ser el gran modelo estético de los jóvenes escritores de los sesenta y los primeros setenta– a transformarse en un

modelo ético, y Borges, antes cuestionado como “faro de la *intelligentsia* liberal”, a ser revalorizado. En relación a la pos-dictadura, el investigador desentraña las razones y las operaciones que colocaron a Ricardo Piglia, Juan José Saer y Manuel Puig en un lugar dominante del campo literario de los ochenta.

¿Quién de nosotros escribirá el Facundo? revisa con lucidez los debates acerca de las responsabilidades de los intelectuales en un período crítico de la Argentina.

Ariela E. Schnirmajer

Earl E. Fitz: *Sexuality and Being in the Poststructuralist Universe of Clarice Lispector. The Différance of Desire*. Austin: University of Texas Press (Texas Pan American Series) 2001. ix, 246 páginas.

A idéia central do livro é destacar os paralelos entre a “escritura” de Clarice Lispector e as posições pós-estruturalistas, principalmente a deconstrução derridiana e seu conceito de “différance”. Assim, Clarice Lispector se converte numa deconstrutivista *avant la lettre*. Earl E. Fitz evidencia nos textos da autora técnicas que produzem diferenças (differing) e postergação (deferring) que, conforme ele, são manifestações da “différance” derridiana. A “ótica pós-estrutural” (poststructural optic) serve a Fitz como uma “ferramenta crítica” (a critical tool), uma vez que, segundo o autor, existe uma grande afinidade entre a “escritura” de Clarice Lispector e a teoria pós-estruturalista, sem que tal signifique, contudo, qualquer dependência mútua. Na leitura do autor, os romances, contos e crônicas de Clarice Lispector corporificam (embody) a teoria pós-estruturalista,

fazem-na concreta e explícita de tal forma que Lispector “[...] succeeds in putting a human face on the often abstruse and, for some, even dehumanizing theories of poststructuralism” (p. 88).

De acordo com Earl E. Fitz, tanto a teoria pós-estruturalista quanto a obra de Clarice Lispector giram em torno das problemáticas da linguagem e da realidade, da linguagem e do desejo, do sentido e da identidade bem como da “language, subjectivity, social organization and power” (p. 18). Os paralelos identificados são convincentes e múltiplos: a crítica à idéia de um centro, o problema da expressão do inefável, a constituição da realidade pela linguagem ou, ao contrário, a intangibilidade de uma realidade absoluta pela linguagem. Ademais, os textos de Clarice Lispector se caracterizam pela transgressão e/ou subversão das oposições binárias –tão significativas para o mundo ocidental, principalmente no âmbito das relações de gênero (p. 83)– e por uma crítica óbvia do falocentrismo. Conforme a convicção do pós-estruturalismo, a força da linguagem é constitutiva da realidade: na leitura de Fitz, linguagem e realidade se tornam, em última instância, idênticas. Conseqüentemente, de acordo com ele, o gênero (gender) em Clarice Lispector não se define pela biologia, mas pela linguagem (p. 102).

Não obstante, ficam dúvidas se este modelo pós-estruturalista dá conta realmente da complexidade do texto de Clarice Lispector. O próprio autor cita as frases finais do conto “Mensagem”, que aqui citamos na língua original: “Agora e enfim sozinho, estava sem defesa à mercê da mentira pressurosa com que os outros tentavam ensiná-lo a ser um homem. [...] Mamãe, disse ele” (em: *A Legião Estrangeira*. São Paulo: Editora Ática 1988, p. 439; na versão inglesa em Fitz, p. 109). O fato de que a atribuição do gênero pelo discurso dos outros pode ser experimen-

tado como mentira deixa supor que algo mais além da linguagem entra em jogo, mesmo se a referência a este algo mais somente pode ser feita através da linguagem: “Mãe, disse ele.”

Outros textos de Clarice Lispector revelam que, para a autora, existe um mais além do discurso que não cabe nas teorias pós-estruturalistas. O próprio autor cita as frases de *A Hora da Estrela*: “Assim é que esta história será feita de palavras que se agrupam em frases e destas se evolva um sentido secreto que ultrapassa palavras e frases”; “Eu não sou um intelectual, escrevo com o corpo” (p. 22) (Rio de Janeiro: Nova Fronteira 1984, pp. 20-21, 22; p. 140 em Fitz). Aqui fica evidente que Rodrigo, o autor fictício em *A Hora da Estrela*, não pode ser identificado com a posição pós-estruturalista, na qual palavra e realidade coincidem. Rodrigo busca transgredir as palavras para chegar a uma realidade além destas.

A fixação do estudo em tela numa interpretação pós-estruturalista de Clarice Lispector não produz somente uma apreciação limitada do texto da autora. Produz também interpretações discutíveis e até equivocadas. Para o leitor que não conhece o texto original não é evidente e a pergunta deve ser permitida: por que neste trabalho parece dispensável completar as citações traduzidas por suas versões na língua original? Encontramos, a penas, duas exceções (pp. 148 e 170) nas quais se junta à tradução do texto em português. A primeira nos oferece um dos exemplos de tradução discutível: verte-se “líquido vivificador” em “live-giving semen”. Duvidosa, todavia, se torna a tradução, quando ela, movida pelo ímpeto de construir paralelismos entre o pós-estruturalismo e Clarice Lispector, desfigura o texto em português. A frase final de *A Paixão segundo G. H.* é: “O mundo independia de mim – esta era a confiança a que eu tinha chega-

do: o mundo independia de mim, e não estou entendendo o que estou dizendo, nunca! Nunca mais compreenderei o que eu disser. Pois como poderia eu dizer sem que a palavra mentisse por mim? como poderei dizer senão timidamente assim: a vida se me é. A vida se me é, e eu não entendo o que digo. E então adoro” (Rio de Janeiro: Nova Fronteira 1979, p. 175). Na versão inglesa lemos: “The world interdependent [*sic*] with me – that was the confidence I had reached: the world interdependent [*sic*] with me, and I am not understanding what I say, never! Never again shall I understand what I say. For how will I be able to speak without the world [*sic*] lying for me? How will I be able to speak except timidly, like this: life is itself for me. Life is itself for me, and I don’t understand what I am saying” (pp. 153-154). Os erros de tradução neste caso seguem uma lógica clara. Eles interpretam a relação entre linguagem – mundo e sujeito de maneira contrária do que é o caso em Clarice Lispector. O mundo da autora não é completamente constituído pela linguagem e os protagonistas sofrem frequentemente pelo fato de que lhes é impossível compreender o mundo através da linguagem, uma vez que a verdade e a realidade se encontram além dela.

É uma pena que o estudo deixe sem tratamento uma questão fundamental, a saber, quais poderiam ser as razões para os paralelos entre a obra de Clarice Lispector e as posições pós-estruturalistas? Ou de outra maneira, quais são os intertextos e as tradições filosóficas que as duas têm em comum? Se menciona a mística como “key question” (p. 44), mas esta observação não está aprofundada. Uma tal ampliação do estudo teria permitido descobrir, além dos paralelos, certas tensões e contradições entre o pós-estruturalismo e a obra de Clarice Lispector, especialmente com respeito à deconstrução derridiana.

Ora, a busca por certos protagonistas de um “state of grace” e de uma “perfect communication” (p. 13) é, vista da posição pós-estruturalista de Derrida, pura ilusão. Para Lacan, no entanto, tal seria uma necessidade, mesmo quando o fracasso é inevitável e imanente. Com Lacan se poderia também explicar por que a constatação “that we fail to attain it” (“the perfect communication”) é tão dolorosa.

A leitura de Earl E. Fitz mostra uma tendência problemática de generalizar a teoria pós-estruturalista, como é evidente nesta formulação na conclusão do livro: “Exemplifying that play of ‘différance’ and desire that Derrida, Lacan, and Kristeva [...] see as the source of all true meaning, Lispector’s poetically and politically charged ‘textes’ transform what are all too often the disembodied abstractions of poststructural thought into the simultaneously transgressive and conformist urges that define the complex inner reality of the human experience” (p. 189). Aqui, como em várias outras ocasiões no livro, se postula uma compatibilidade das teorias de Derrida, Lacan e Kristeva com respeito ao conceito de “différance” que não se sustenta conforme já constataram os próprios autores. Também é difícil compreender como um “jogo” de “différance” e “desejo” pode converter-se numa fonte de “sentido verdadeiro”, visto que o próprio Fitz, em outras passagens, constata que tanto Clarice Lispector como o pós-estruturalismo renunciam à idéia de um “sentido verdadeiro”.

O estudo de Fitz convence pelo amplo conhecimento dos romances, contos e crônicas de Clarice Lispector. A abordagem teórica, a leitura da obra de Clarice Lispector à luz pós-estruturalista é interessante e estimulante, deixando um amplo espaço para estudos futuros. Seria interessante, por exemplo, elaborar uma diferenciação das posições pós-estruturalistas (Derrida, Lacan, Kristeva), com respeito a

obra de Clarice Lispector e buscar, na história das idéias, quais são os intertextos comuns entre o pós-estruturalismo e a obra de Clarice Lispector (gnosis, mística, tradição judia/kabbala, existencialismo heideggeriano, entre outros), que permitem a aproximação entre ambos. Seguindo a argumentação convincente do estudo, o leitor corre o risco de tornar-se cego para outras intertextualidades e horizontes teóricos como, por exemplo, a temática da androginidade que o autor relaciona somente com a dissolução das fronteiras entre os gêneros, fazendo apenas uma alusão muito breve (*O simpósio* de Platão, p. 128) àquilo que Clarice Lispector trata como um dos grandes temas da literatura ocidental desde a antiguidade.

As partes mais bem sucedidas do livro de Fitz são, sem dúvida, aquelas, nas quais o autor analisa e interpreta os textos de Clarice Lispector num ato de “close reading”, resumindo os resultados em formulações como “Her basic technique in this enterprise to construct narratives that, structurally speaking, are essentially self-questioning chains of aporia, moments of undecidability or impasses of meaning when the text seems to contradict itself or, at least, to tantalize the reader with plausible interpretations that seem both consistent and inconsistent with others that stem from it” (p. 135).

Horst Nitschack

Mauro Souza Ventura: *De Karpfen a Carpeaux: formação política e interpretação literária na obra do crítico austríaco-brasileiro*. Rio de Janeiro: Topbooks 2002. 257 páginas.

“Impossibilitado de dar continuidade à carreira de pensador iniciada em Viena,

o filósofo Karpfen transforma-se, no Brasil, no crítico literário Carpeaux”. Eis o ponto de partida para o estudo de Mauro Souza Ventura sobre Otto Maria Carpeaux (1900-1978), crítico literário brasileiro e exilado político austríaco. Numa primeira parte, o autor reconstrói o ambiente da Viena de princípios do século passado, um mundo que – para o então Otto Karpfen – significava fundamentalmente uma civilização barroca, austríaca e católica, numa aguda crise de identidade. Convertido ao catolicismo por volta de 1930, Otto Karpfen milita na imprensa católica em defesa dos laços privilegiados entre sua pátria e a Igreja de Roma e combate as veleidades anexionistas da Alemanha, o *Anschluss*. A entrada das tropas nazistas em Viena, na fatídica data de 14 de março de 1938, não só obrigará o intelectual vienense a fugir da Europa, mas o levará a uma espécie de nova conversão. Eis aqui o mérito fundamental do presente trabalho: Mauro Souza Ventura encontra o elo de ligação entre Karpfen e Carpeaux na crise e desconstrução daquele ideal romano, integrista e católico, defendido pelo jovem Otto no seu livro *Caminhos para Roma (Wege nach Rom, 1934)*. Ao passo que, em 1934, “a religião é uma totalidade, uma cosmovisão em que o dogma religioso é o epicentro diante do qual giram todas as demais instâncias da vida e do pensamento” (p. 200), no Brasil pós-1940, Otto Maria se debruçará sobre os escritores que encarnam a crise destes valores e a falta de um epicentro: Franz Kafka, Claude Mauriac e Graham Greene. Ao se mudar de filósofo católico para crítico literário, Otto Maria passa por um processo de secularização. Profundamente mago-

ado pelo alinhamento da Itália fascista com o *Reich* alemão, o intelectual vienense deixará para trás as certezas antigas (a cosmovisão austríaca, católica e barroca) para viver a crise destes valores na literatura e nas artes. Daí o deslumbramento perante as obras do Aleijadinho e a relação conflitiva com Franz Kafka: até a morte, Carpeaux preservará a primeira edição de *O Processo* como uma relíquia da cultura europeia destruída pelo nazismo. Significativamente, esta relíquia está hoje na Biblioteca Mário de Andrade em São Paulo (e não em Viena), último legado de um cristão-novo contemporâneo e de suas crises de consciência.

Otto Maria Carpeaux escreveu para um público de certa cultura literária, hoje em declínio, anterior às mídias eletrônicas. O livro de Mauro Souza Ventura reconstrói a trajetória desta personalidade entre dois continentes, Europa e América, e entre duas visões do mundo, a fé católica tradicional e a crise da modernidade. Ao passar da fé judaica para o catolicismo e deste para um ceticismo militante, Otto Maria Carpeaux faz figura de um herói dos nossos tempos viajando da certeza para a dúvida e da cultura literária dos avós para o desassossego do homem pós-moderno. A biografia espiritual de Mauro Souza Ventura merece um lugar destacado na nossa prateleira, ao lado da autobiografia de Stefan Zweig, *O mundo que eu vi*. Mas, ao passo que o autor de *Uma partida de xadrez* morreu no paraíso, Otto Maria venceu esta partida e fez-se uma nova pele, uma nova cultura e uma nova identidade no Brasil.

Albert von Brunn